



12



Archivo ECP_Revisitando “La Pileta a Benaojan”

eDap

Selección y montaje de Julia Clara García Ferrón

La obra producida por Henri Breuil, Hugo Obermaier y Willoughby Verner para el Instituto de Paleontología Humana de París, fundado por el Príncipe Alberto I de Mónaco en 1910, de título *La Pileta a Benaojan Malaga (Espagne)* nos ofrece una visión de primera mano del hallazgo de dicha cueva, más bien, nos entrega un arnés para adentrarnos con ellos en la gruta.

Un atropellamiento en las descripciones, unos adjetivos más sinceros de los que podríamos esperar de un relato científico y unos bocetos realizados con mimo nos hacen partícipes de la ilusión con que estos investigadores hacían las primeras incursiones en la cueva.

Era marzo de 1912 y Breuil, abad francés, y Obermaier, alemán posteriormente nacionalizado español, se desplazaron hasta Benaoján atraídos por el artículo que el coronel Verner, aficionado a la ornitología, había escrito en *The Saturday Review* tras su descubrimiento de una tarde en busca de guano, “Cartas desde la España salvaje: una cueva misteriosa”. Contaban con la financiación del Instituto anteriormente citado y con la predisposición total del coronel, que no solo les relató de nuevo lo que allí había observado, sino que preparó todo el material necesario para la investigación. También aceptaron la ayuda del Sr. Morrison, director de la compañía de ferrocarriles “The Algeciras & Gibraltar Railway Company”, que gestionaba la línea Algeciras-Bobadilla, quien les dio alojamiento en un edificio cercano a la

estación de Jimera y puso a su disposición varios trabajadores devotos de la compañía.

Habían venido como acompañantes también Paul Wernert, desde Estrasburgo, y Juan Cabré Aguiló, famoso paleontólogo español.

Se muestran en esta sección del Archivo ECP material gráfico elaborado por estos investigadores y el relato de la primera incursión en la cueva.



Después de descendernos diez metros, caemos a

un divertículo a dos metros del suelo
y situado justo bajo la ventana,

en el que algunas otras ramificaciones de arcilla se dirigen hacia el exterior. Estamos entonces siete u ocho metros bajo ese balcón desde que el ojo se lanzaba al vacío.

El día que se filtra desde lo alto deja ver la enorme
p v q s e f a n
a e u e l r o
r r e e e s
e t v n o
d i a t t
c e r
a o
l s

y suponer la sucesión de salas y galerías aún invisibles, a la izquierda, hacia la derecha, arriba. La pendiente del suelo arcilloso se desliza rápidamente hacia la gruta; veinte metros de escalerilla son necesarios, para llegar, al flanco del altillo, en el que podemos tomar tres direcciones. Si seguimos, tanto como nos es posible, la pared al pie de la cual acabamos de descender, una galería bastante larga y seca se abre más o menos al mismo nivel,

después asciende ocho metros hasta un punto fuertemente estrangulado donde hacia falta escalar seis metros sobre una cascada estalagmítica de superficie deslizante y lisa.

Llegamos entonces a una pequeña sala en cuya pared hay trazado un signo negro, aislado, pectiniforme.

Queda un estrecho recodo circular, situado en el inicio de

una rampa de siete metros y medio, para la que necesitamos una escalerilla, y

esta primera galería estará completamente inspeccionada, con un recorrido de cincuenta y cinco metros desde el pie de la escalerilla; el suelo contiene mucha cerámica; ha estado en parte removido por los buscadores de tesoros; creemos que aquí se encontraban numerosos esqueletos de los que apenas hemos visto vestigios.

Llamamos a esta galería con el nombre de “Galería de las Grajas” en recuerdo a un nido de cuervos de pico amarillo que se encontraba dispuesto a la entrada, y que los prudentes pájaros mudarán a otro lugar más protegido de nuestra empresa, precisamente a tiempo para evitar una visita domiciliar planeada a su primer emplazamiento.

